

## IV.

**M**ANUEL se había adormecido tranquilo, confiado en la protección de Rafaelita.

Los años corrieron para él como una hora de amor; pero la felicidad acá en la *tierra* es de poca duración. La ventura constante y uniforme embotaría las facultades del alma, y la detendría en su ascenso. ¡Dios ha dispuesto el dolor como un revulsivo enérgico, como un gimnasio moral!

Los bienes de la familia, entregados por su venida á México á manos mercenarias, se desmembraron de una manera tan rápida y tan notable, que ántes de mucho tiempo la madre se vió obligada á realizarlos. Esto sin embargo, no mejoró la situación: la buena mujer, que veía á lo léjos levantarse el espectro amenazador de la miseria, quiso hacer productivos los restos de la fortuna; pero repetidas veces fué víctima de su candor y falta de experiencia.

Cuando Rafaelita, por su muerte, le sucedió en la dirección de la casa, ya casi nada existía; no obstante, á fuerza de vigilancia y de esos esfuerzos inmensos en los cuales se conoce toda la energía de la mujer, logró hacer

frente á las necesidades por mucho tiempo. Pero llegó al fin la hora en que fué indispensable instruir á Manuel.

Era á principios de 1849.

El golpe que recibió el ciego fué cruel. ¡Despertar de un sueño de amor y de paz, para encontrarse frente á frente con la miseria, es en efecto cosa horrible!

¿Qué iba á hacer? Como todos los hombres de imaginación ardiente, Manuel se ponía en los extremos; no sabía reflexionar, solo sentía: se espantaba y gemía de desesperación al contemplarse ciego, impotente, sin conocimientos, sin modo alguno de evitar la desgracia que lo amenazaba. ¿Cómo podría ver padecer á Rafaelita? ¿Cómo la miraría careciendo de todas las comodidades de que el amor quisiera rodearla?

Entonces se acordó que era músico, y ébrio de gozo, cual si hubiera hecho un descubrimiento, corrió hácia su violín y lo estrechó contra su pecho como á un salvador.....

Rafaelita lo miró y lloró también de gozo, porque allí donde el ciego veía un recurso contra la necesidad, ella contemplaba un elemento de gloria; una aureola para la frente del hombre á quien en su amor quería ver sobre todos los hombres, aplaudido como un genio, reverenciado como una divinidad.

Entonces apareció Manuel ante el público como una notabilidad, y su estilo nuevo y original causó una sensación profunda, cosa harto rara en México, donde el mérito y el talento de los hijos del país es mirado con la mas cruel indiferencia.

El ciego llegó á convertirse en el ídolo de la moda. Su violín era un instrumento encantado que avasallaba los corazones, que iniciaba aun á los mas frios en los placeres del cielo, anegándolos, por decirlo así, en las melodías mas tiernas, mas sentidas, mas llenas de unción: eran notas aprendidas del murmurio de las brisas; eran pensamientos de amor traducidos en el idioma de los ángeles.

Semejante música abría un horizonte nuevo de sensaciones é ideas á los que la escuchaban; pero por desgracia era muy delicada para los oídos sensuales de la multitud. Pagaron con aplausos el mérito del artista; pero exigieron que descendiera hasta su nivel. He aquí cómo el ciego fué arrancado de la esfera en que vivía, para venir á respirar la pesada y deletérea atmósfera en que se agitaban sus oyentes.

El corazón del pobre músico, tranquilo y feliz hasta entonces, resintió aquel nuevo género de vida y se encogió; empezó á perder su antigua confianza, y fué adquiriendo poco á poco una sensibilidad enfermiza.

A los pocos meses, una alma delicada hubiera podido percibir cierta degeneración en la música del ciego: ¡se había humanizado!

Yo creo que en la música puede hacerse una división entre esa parte noble y elevada del arte, que conmueve dulcemente el alma y la hace gozar olvidándose de sí misma, y esa otra puramente material, que tiene influencia tan solo sobre los nervios; entre aquella que traduce las impresiones de un sér que se aísla, que se desprende de la tierra, y entre la que agita y pone en movimiento á la multitud frívola de un baile; entre la que se eleva

como una mística y santa oracion, y la que se arrastra por la tierra como una vibracion de placer.

Cuando Manuel hubo llegado á este punto, entónces fué cuando la sociedad lo comprendió. Pero esa música, que ántes era un bálsamo divino para sus dolores, una luz misteriosa que iluminaba su corazon, un idioma claro y simpático de sus sentimientos, en medio de la multitud se convirtió en un excitante extraño que lo llenaba de confusion, en un eco de pasiones y placeres que no comprendia.....!

¡Pobre Manuel! ¡Por todas partes era solicitado; no habia fiesta completa sin él; pero los aplausos que alcanzaba no lo satisfacian, y cuando volvía á su casa se dejaba caer fatigado, lloroso, con fiebre! ¡Al despertar en medio de la multitud, al descender de su esfera, se halló verdaderamente ciego, mas ciego que ántes; y su corazon se golpeaba dentro de las paredes que lo encerraban y comprimian, buscando en vano un rayo de su antigua luz, algo de su pasada atmósfera.....! Y cuando gemia de esta manera, el mundo aplaudia en su derredor, y la juventud lasciva y ébria le demandaba canciones de amor y placer..... ¡y el hombre desgraciado, venciendo el pudor del alma que sufre, tenia que convertir los gemidos de su angustia en notas suaves y voluptuosas, hasta que sus lágrimas laxaban las cuerdas del violin!

¡Horrible posicion! ¿No habeis pensado nunca en que ese hombre á quien convertís en instrumento de vuestros placeres, tiene tambien un corazon dentro del pecho y sangre en sus venas? ¿No creéis que el ruido y la em-

briaguez de la fiesta han de turbar la calma de sus sentidos.....?

Yo creo que el músico hubiera podido muy bien conservar su antigua posicion, adquirir en aquel combate nuevas fuerzas para elevarse mas y mas; pero se dejó resbalar al principio, y luego no pudo detenerse en el plano inclinado. No meditó lo que iba á hacer, ni supo comprender despues su posicion. Dios ha hecho á la naturaleza débil; mas le ha dado la razon para dominarla, fortalecerla y guiarla: miéntras el hombre no abdica su razon, los dolores y los peligros no sirven sino para purificarlo, para fortalecerlo, para elevarlo; pero cuando se deja abatir por las pasiones *depresivas*, entónces se debilita y cae.

El dolor es una escuela de perfeccion, pero cuando se le sabe comprender, cuando se sabe apreciar la mision que el Criador le ha impuesto. El sufrimiento sin la razon seria un exceso inútil de crueldad: la razon sin el sufrimiento, seria un poder inerte é inútil. Aquella sin este, ó este sin aquella, quitarian á la humanidad su gran resorte, y la dejarian sometida á la ciega fatalidad ó la predestinacion.

.....

Rafaelita conoció con terror, que léjos de haber hallado Manuel una distraccion en aquel género de vida, se habia lanzado en un abismo. Quiso retirarlo; mas ya era tarde. El ciego, entregado á excitaciones contrarias, experimentaba la necesidad fatal de la embriaguez; caido de su antigua elevacion, sentia un vacío en sus sensaciones, y buscaba aquellos sacudimientos que podian aturdirlo.

Pero nn estado tan violento no podia durar mucho sin

dañarle profundamente. El ciego comenzó á debilitarse á grande prisa: habia ocasiones en que de una especie de delirio caía en un sueño letárgico; otras, de un estado completo de atonía pasaba á una inquietud enfermiza, y el resultado de esto era que cada vez se le hacia mas difícil recobrar el imperio de sí mismo y verificar una reaccion intelectual.

Entónces la inteligencia entre las tres almas comenzó á enturbiarse. No habia aún ningun elemento extraño entre ellas; pero la turbacion de la de Manuel se reflejaba de tal manera en las otras, que todas se hallaban agitadas como una agua cristalina, que sin perder nada de su transparencia, quiebra y confunde los rayos de la luz.

Rafaelita, cuyo tierno y amante corazon no podia ménos de conmoverse con los dolores del ciego, lo acompañaba á todas partes sirviéndole de sosten, de guía, de consuelo. Como una madre que vigila á su hijo enfermo, lo atendia en todo y se desvelaba por prevenir hasta sus mas leves deseos; á veces era tanta su preocupacion, que ni aun percibia las palabras que la dirigian.

Manuel no habia dejado de amar á aquel ángel; su passion no habia sufrido el mas leve menoscabo; el ciego no deseaba nada, ni aun pensaba qué mas podria desear; y sin embargo, habia momentos en que su corazon anhelaba algo desconocido y vago para él..... Era la reaccion de su naturaleza dominada por tanto tiempo y suelta en estos últimos meses; era la fiebre oscura y torpe de la sangre: *anima carnis*.

«El que es débil todavía en la vida espiritual—dice el autor del libro divino de la *Imitacion de Jesucristo*;—el que en cierta manera no se ha desprendido aún de los lazos carnales, ni ha logrado que el hombre espiritual domine al hombre terrestre, tiene mucho trabajo en desprenderse enteramente de los deseos y las influencias del cuerpo.»

Manuel se sentia agitado, inquieto, pero no conocia el remedio de su mal; sufría un malestar, y no hallaba el sitio del dolor..... ¡Era la aurora del sensualismo.....!

Este amor de los sentidos, pues que á falta de otro nombre tenemos que darle este, tiene tambien sus leyes y sus atracciones. En el universo todo tiene relacion, como los círculos que se forman y se ensanchan sobre el agua. Pero sucede que así como el uno concentra el alma en un punto para elevarla, así el otro la esparce, la abate, por decirlo así, para hacerla ir á animar los sentidos inferiores, teniendo por agente de su vitalidad á la sangre. ¡Por esta razon, la aurora que en el uno es dulce, suave, apacible como los primeros albos de la mañana que empiezan á disipar las sombras, en el otro es agitada, indefinible, sofocante, como los anuncios de la tempestad, como el principio de la fiebre!

Manuel era casto é ignorante como una vírgen. ¡El amor de Rafaelita, todo del alma, no habia despertado sus sentidos; pero esta misma calma le era al presente funesta, porque habia condensado en aquellos tal suma de vitalidad, que el momento de despertar iba á ser terrible!

Yo creo que este es el gran peligro que trae consigo la profunda ignorancia en que algunas personas quieren man-